

un poder mágico le detenía en su marcha, cualquiera que fuese el viento, el número de sus velas, su tamaño, y la rapidez de su carrera. Esta errónea creencia tenían los antiguos: de que si quería el mónstruo no desasirse, no quedaba mas recurso á los infelices marinos que morir de hambre y de sed, despues de haber consumido sus provisiones, porque ningun poder humano podia impedir al buque permanecer años enteros inmóvil, cual una roca en medio del Océano, á pesar de las mugidoras olas y de los esfuerzos de la tempestad.

Tengan entendido nuestros lectores que la *rémora*, es un pescadillo del tamaño de una sardina lo mas, que tiene sobre la cabeza un órgano bastante singular. Consiste este órgano en un disco aplastado que se compone de diez y ocho lamas trasversales, oblicuamente dirigidas hácia atrás, dentadas en su orilla posterior y movibles; de manera que el pescado, haciendo el vacío entre sus lamas á la ma-

nera de una ventosa se fija á un cuerpo extraño de una manera bastante fuerte.

Le gusta mucho recorrer los mares, pero no nada con bastante vigor para recorrer grandes espacios; asi es que se veria obligado á vivir sedentariamente, sino encontrase el medio pegándose á un buque, al cuerpo de una ballena, ó al de cualquiera otro pescado grande, de hacerse trasportar á donde quiere ir.

Llegado al parage que le conviene se baja de su carruaje; allí se pasea, y se divierte con sus descubrimientos en aquel nuevo pais; hasta que pasando otro buque lo vuelve á llevar sin fatiga á las costas en donde ha nacido.

Esto es lo único que hay de verdadero en la historia de la *rémora*, á quien los antiguos prestaron la encantada facultad de poder detener los buques á su voluntad en medio de los mares.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

## LOS PLACERES DEL PASEO.



Paseo en una alameda.

Esas damas sentadas sobre la yerba, y á quien se ofrecen flores, son grandes señoras que se han parado al estremo de su parque. Sobre la otra orilla aquellas gentes, hácia las que se aproxima una lancha, son sin duda ricos

caballeros que quieren distraerse dando un paseo sobre el agua. Ese perrillo detenido á algunos pasos de sus amos; los dos cisnes que juguetean en las transparentes ondas; los mismos árboles que la podadera ha colocado de modo que

den sombra y bajo los cuales circula tan placentero y ampliamente el aire; todos los detalles de esa risueña pintura se refieren á una vida de riqueza y opulencia.

En vano se buscará en un rincón del cuadro el menor signo de trabajo. Ninguna barquilla de pescador se ve en las riberas, ningún molino en las orillas; ni carretas, ni labradores; no hay ni aun una vaca paciendo la yerba de las praderas. El pincel del artista ha evitado cuanto podía tener contacto con el trabajo y la obra servil. Solo se ven en lontananza algunas cabras, y mas cerca pájaros en jaulas; empero el pastor y el pajarero tienen cuidado de no presentarse: así el conjunto de la composición tiene algo de silencioso y pacífico; es un eden habitado por marqueses del tiempo de Luis XIV y por jardineros de la ópera cómica. Los pesares, los cuidados del día siguiente, los serios pensamientos, las pasiones que comprimen violentamente el corazón no parecen poder llegar hasta allí: es un elegante espejo; es un telón encantador que oculta la verdadera escena de la vida, escena en que el hombre, cualquiera que sea su condición, no se traza su camino sino con pena y con trabajos, al través de las pruebas y de los deberes. Es un cuadro de verdadera fantasía debido al mágico pincel de Mr. de Pillement.

JOSE MARIA DIAZ.

## PANDRILLO EL AHORCADO.

### I.

Era hácia la mitad del año de 1697. Sonaba la una en el reloj de la iglesia del condado de Invernes, en Escocia, y todo dormía allí; todo se hallaba cerrado; se habían apagado todas las luces. Solo un hombre se hallaba en aquel momento en la plaza; no se paseaba, no hablaba, es verdad, pero se mantenía perfectamente inmóvil á los ojos de la luna, que parecía sonreírle en medio de su comitiva de plateadas nubes.....

Poco cuidado debía darle aquella sonrisa al que se hallaba en la plaza, vista su posición por lo menos incómoda: era ni mas ni menos que un ahorcado.

Aquel ahorcado se llamaba Pandrillo. Hijo de padre y madre desconocidos, Pandrillo tenía veinte y cuatro años; era alto, y bastante buen mozo, habiendo vivido hasta entonces de hurtos, hurtos de fruta, hurtos de dinero: jovial por lo demás, buen bebedor, hombre de respuestas y ocurrencias prontas, y de manos mas prontas todavía desgraciadamente para él, porque si lo hallamos en el deplorable estado en que lo encontramos al principio de esta verdadera historia, sépase que fué por una discusión que habia tenido, dejando muerto á su adversario de un puñetazo seco en la nariz.

Si triste es morir de un puñetazo en la nariz, es tambien desagradable, segun presumo, el ser ahorcado; pero el cielo, que no abandona á los bastardos porque es bastante justo para interesarse por personas de quienes nadie se ocupa encontró medios de salvar á Pandrillo, no de la horca., era preciso una reparación pública á su crimen..... sino de las consecuencias de la horca.

¿Nos comprenden nuestros lectores?—No.—Pues tengan la bondad de seguir con los ojos á aquel otro individuo que llega en aquel momento al pie del instrumento de que la justicia inglesa aun se muestra muy satisfecha y aficionada hoy. Ese personaje de trage pintoresco os presenta á Mackeler, el verdugo de Invernes. Mackeler se adelanta pasito á pasito, mirando con circunspección en torno suyo: coloca una escalera contra el poste y trepa allí ligeramente; empuña con un brazo vigoroso el flotante cuerpo de Pandrillo; corta con la otra mano la delgada cuerda de cáñamo; baja de la escalera, y se aleja, en fin, llevando sobre la espalda su doble carga, el ahorcado, y lo que le ha servido para ahorcarle.

Negocio era este á lo mas de dos minutos: menos de diez bastan en seguida á Mackeler para llegar á su habitación.

Era esta una miserable cabaña situada á la salida de la aldea. Una vez ya en ella Mackeler deja caer al mismo tiempo su escalera y Pandrillo sobre la tierra removida de su sala, que ilumina una tea de resina. La escalera cae y no dice nada; empero Pandrillo al tenderse de una manera tan brusca cuan largo era sobre su espalda, exhaló una especie de gemido.

—¡Hum! dijo el verdugo filantrópico; no se ha perdido tiempo: tanto mejor...

Y arrodillándose al lado de Pandrillo, de quien entrea-bre los vestidos, parte rápidamente con una especie de puñal algunas ligaduras que tenia alrededor del cuerpo, y un aro de hierro á que estaban sujetas, terminada cuya primera operación Mackeler coloca la mano sobre el corazón del ahorcado. Aquel corazón palpita... ¿Qué pedir mas al corazón de un ser en ascension forzada hacia cinco horas?

Nuestro buen verdugo, tranquilizado en este importante punto, se ocupó entonces de la cabeza de Pandrillo. Cogió una botella de aguardiente, y se la hizo respirar. Pandrillo no se movió... Le frotó las sienes... Pandrillo permaneció insensible. Le hizo tragar algunas gotas por entre los labios, y esta vez Pandrillo abrió los ojos, tosió y estornudó...

—¡Ah, ah, valiente! exclamó Mackeler á aquella señal evidente de la resurrección de Pandrillo. Este es el caso de decir que este generoso licor de Holanda hace resucitar un muerto. No volveis sin duda de otro mundo, pero á fé mia os quedaba muy poco camino que andar de aqui allá.

—¿Dónde estoy?... ¿Eres tú, Mackeler?... ¿Estoy en tu choza?... Alárgame todavía la botella, te lo ruego, murmuró Pandrillo, que se habia con trabajo incorporado sobre el suelo mientras le hablaba el verdugo; dame, tengo necesidad de su socorro para reunir mis ideas... Han pasado por mi cabeza una porción de cosas azules, amarillas y encarnadas... han visto mil visiones mis ojos... y despues siento un picor en todo el cuerpo... ¿Está tu cuarto sembrado de agujas, Mackeler?

—Siempre amigo de bromas... ¿No ves que es la sangre, la que al volver á su curso te causa esa picazon? ¡Caramba! no se permanece impunemente cinco horas en la punta de una cuerda como un espantajo de pájaros. Mas de cuarenta picaros en tu lugar no la han dejado con tanta fortuna, y sin este bienaventurado corsé que vuestro hermano de leche os ha hecho poner con mi permiso en vuestro calabozo estaríais danzando al viento esta noche á la luz de la luna.

—Verdad es, dijo Pandrillo restregándose los ojos; ahora me voy acordando de todo. Déjame la botella, amigo, ya ves que eso me repone. Gracias á Jorge, gracias á su feliz estratagema le debo estar todavía con vida...

—Y beber aguardiente como una tenaja... Pero tambien me debes algo á mí, Pandrillo, á mí que he arriesgado mi empleo, y todavía mas que eso, la prision, consintiendo en usar de este medio delicado de colgarte sin hacerte daño.

—Tienes razon, Mackeler, replicó Pandrillo, que dejó la botella las tres cuartas partes vacía, para estrechar afectuosamente la mano de su libertador; bueno has sido para mí, y aunque mil veces me ahorcasen no lo olvidaria.

—He aquí una promesa de que hablaremos despues, dijo Mackeler. Por el pronto voy á dejaros reposar en paz, y á destruir lo mas brevemente posible todos estos arreos, porque si aquí los encontrasen podria sucederme algun mal negocio. Vaya una idea original la que ha tenido vuestro Jorge Kennedy... y reunió en la chimenea las correas y el aro de hierro de que acababa de libertar al ex-ahorcado, echándolo todo en seguida al fuego.

—Solo un médico es capaz de hacer una farsa semejante. Con estas vendas, que ligaban lo largo de vuestras piernas, pasando bajo vuestros pies para reunirse á una cintura apretada cerca de vuestras caderas, os encontrábais suspendido no por el cuello verdaderamente, sino mas bien por aquel aro de hierro que sostenia toda la máquina, y del que os he desembarazado ahora mismo, porque á la larga debia incomodaros, ¿no es verdad?

—Si, si, replicó Pandrillo, me incomodaba de todas veras, y sabiendo bien que tú deberias venir á libertarme cuando todo el mundo durmiese en la aldea, no he perdido el conocimiento sino algunas horas... algunos siglos mas bien, despues que me hubiesen alzado en lo alto de esta infernal máquina. Pareceme desde luego que aquella multitud estúpida se divertia, Dios me perdone, con mi suplicio; sabia que no moria, daba voces á mi oído... las orejas me zumbaban... queria gritar, abrir los ojos... y así como en una pesadilla, eran vanos mis esfuerzos; pero ¡bah! héme aquí ya vivo, y bien vivo... Te lo aseguro, Mackeler... el entumecimiento ha cesado...

Y se habia levantado, y estiraba los brazos como un hombre que sale de un profundo sueño.

—Yo ando... ando... ¡oh! causa placer el pensar que se va á poder comer, beber y reir á sus anchas, lo que no me hubiera sido permitido allí donde aquel teniente del *scherif* queria enviarme. Sin embargo, preciso es que no olvide los consejos de Jorge... la noche avanza... tiempo es de ponerme en camino. Si mañana me encontrasen en los alrededores podrian otra vez volver á comenzar la escena, y acaso no saldria como esta... ¿No es verdad, Mackeler? Voy á bajar el Tais hasta Kinros; y desde allí embarcarme para la buena ciudad de Perth, aunque un poco me apesadumbra el alejarme sin volver á ver á Bessia... mi pobre Bessia. ¡Cuán triste debe estar esta noche pensando en mí!

—¿Vuestra querida?

—Si.

—Dejadla, dejadla: estoy seguro de que ya estará consolada.

—¡Ay Mackeler! juzgais cruelmente de las mugeres. Sin embargo, creo que lo mas prudente seria no ocuparme de ella. ¿Qué decis?

—Haz lo que te dé la gana, respondió el verdugo: con tal que desaparezcas de aquí, lo demas me es indiferente. Sin embargo, continuó acercándose á Pandrillo, tengo una cosa importante que comunicarte antes de dejarte marchar.

—¿Cuál?

—Esta. Tu Jorge Kennedy os ha encerrado ahí... Hola... sin duda para impedir que la envidia no os dejase aprovechar solo de su secreto. Yo, maldito que pensé nunca en eso... Ya ves... es un escondite donde hay una buena cantidad de dinero, destinada á ayudarte á ser hombre de bien. Me parece, mi buen ahorcado, que estamos en el caso, por via de hallazgo, de partirlo al separarnos. Hace un momento afirmabas que no me olvidarias jamás. ¿Eres hombre de probarme en esto la estension de tu reconocimiento?

—¿Cómo! exclamó Pandrillo con un aire asombrado: ¿quieres que te dé la mitad de una suma que es indispensable entera para mi viage? ¿Estás loco, Mackeler?... Tú sabes que ese dinero es mi único recurso. Además, Jorge, ¿no te ha pagado generosamente tu ayuda y tu silencio?

—¡Generosamente! Lo que me importa ahora es el dinero: eso es lo único que me permite amar mi profesion, y no rebajare nada del arreglo que te propongo, amigo mio. Voy á acompañarte hasta el escondite en cuestion, y allí partiremos como buenos hermanos; despues... despues nos separaremos para no volvernos á ver mas.

—Vamos, exclamó Pandrillo, que vuelto á la vida volvía al mismo tiempo á su carácter colérico: esta proposicion es una bajeza de tu parte, Mackeler: echas á perder tu buena accion... No tendrás ni un *schelling* de lo que hay en el escondite, te lo juro por todos los ahorcados del mundo.

—¡Vaya si consentirás!

—¡No... mil veces no!

—¡Ah, lo veremos! replicó Mackeler, despues de una pausa, durante la cual Pandrillo no le habia quitado ojo... Pues bien, una vez que eres terco no te dejo marchar.... Si no consientes en lo que te pido, volverás á la horca, y esta vez te ataré sólida y fuertemente y no habrá aro.

Pandrillo dejó escapar un rechinamiento de dientes, y quiso adelantarse hasta la puerta; pero mas pronto que él lo pensase, Mackeler lo cogió de un brazo, y sacudiéndole rudamente le dijo:

—El dinero ó la cuerda, Pandrillo. ¿Qué quieres, que eliges?

—¡Eh! exclamó Pandrillo, que por un movimiento instantáneo se desprendió del verdugo, y al mismo tiempo se apoderó de un cuchillo que habia en tierra. ¿Me dejarás ahora salir?

Por toda respuesta Mackeler se apoderó de una *claimora*, especie de maza, colgada en lo alto de la chimenea, y se colocó tranquilamente delante de la puerta. A aquella vista Pandrillo, cuyo rostro se puso encarnado como una grana, dió saltos como una pantera en el cuarto, exhalando rugidos de furor; y antes de que el desgraciado Mackeler, estupefacto de aquellas manifestaciones amenazadoras, hubiese tenido tiempo de levantar su pesada maza, recibió una puñalada en medio del pecho, que lo derribó muerto en tierra.

## II.

—¡Y bien! Bravamente he arreglado mis asuntos, decia

para sí Pandrillo, alejándose á todo correr de la cabaña donde yacia su víctima ¡Buena la he hecho! Me ahorcan porque he muerto á un hombre: ¿pues qué me harían ahora que he esterminado á dos? ¡Pobre Mackeler, tuvo una grande idea con descolgarme de la cuerda! Por Dios que le he pagado bien... Pero también ¿por qué diablos me ha contrariado?... ¡Bah! es igual. Soy un malvado... Y si Jorge supiese lo que acaba de suceder... A fé mia... en fin, buena la he hecho! Lo importante para mí es el tomar la fuga lo mas pronto posible, y salir de este país... cuando tenga mi dinero, entonces me arrepentiré.

Y mitad riñéndose á sí mismo, mitad tratando de adormecer sus remordimientos, corría Pandrillo siempre hácia un bosquecillo situado á la izquierda del Invernes. Al llegar en frente del bosquecillo detúvose un instante; miró en torno suyo como una persona que trata de orientarse y de adquirir ideas respecto al punto en que se hallaba, y dirigiéndose despues á un enorme castaño que habia en una sendita junto al camino:

—Aquí debe de ser, dijo, conozco bastante estos sitios para no engañarme.

Y cuando se halló al pie del árbol se bajó, levantó una piedra de medianas dimensiones que habia debajo del césped, y exhaló una exclamacion de alegría. Sus manos habian sentido el contacto de una bolsa bien repleta.

—¡Qué bueno es Jorge! exclamó el ex-ahorcado, tomando á pulso maquinalmente el socorro que la amistad de su hermano de leche le habia reservado. ¡No ha faltado á su palabra! dijo, sin duda no basta impedir á ese pícaro de Pandrillo el que se lo coman los cuervos en la punta de un palo, es preciso que pueda alejarse sin mendigar... ni robar su pan. Buen muchacho, porque yo haría sin duda cualquier cosa por él, y me dejaría cortar mi mano derecha... ¡Y pensar que el pobre no es feliz!... Si, lo he adivinado esta mañana en mi prision al verle tan pálido cuando me hablaba de Margarita, la que ama.... No quieren dársela por muger porque se la han prometido á otro... ¿Y quién es ese otro? Ese tunante de sir Barclay, el *schérif*... el que me ha condenado... ¡Oh! como yo cogiera á este, ya le haría yo pagar de un golpe su severidad conmigo y el obstáculo que opone á la felicidad de Jorge.

—¡Vamos! ¡vamos! estoy charlando como una urraca, continuó Pandrillo despues de un instante de silencio: mejor haré en desfilarse de aquí que en amenazar á nadie. Además, no estoy yo en situacion de semejantes ideas; no puedo ser útil á Jorge: todo esto no es mas que tiempo y palabras perdidas. Marchemos.

Y nuestro resucitado se preparaba, guardando su dinero, á unir el efecto á las palabras... Ya habia dado algunos pasos mas allá del viejo castaño, cuando se paró derecho y dejó caer de sus labios estas palabras:

—¿Y Bessia?

Despues, como respondiendo á su pensamiento que le arrastraba hácia su querida:

—Sería una locura, repuso, me cree muerto; mi vista no serviría sino para asustarla... Sin embargo, su cabaña está á dos pasos de aquí... Bien puedo sin dejarme ver ir á echar una última mirada sobre sus ventanas.

Y hablando así se dirigía Pandrillo sin echarlo de ver hácia la mansion de su bella.

Perdonadle, lector, y no esclameis ahora que esto es

inverosímil: cualquiera hubiese hecho lo mismo que Pandrillo en semejante caso.

Bien pronto llegó al punto que se habia propuesto. Se encontró en frente de la habitacion de su querida: sus paredes, su techo de paja se hallaban iluminados por los rayos de la luna, y Pandrillo se habia retirado con prudencia á la sombra, permaneciendo en contemplacion ante aquel techo y aquellas paredes que abrigaban á Bessia.. Una luz brillaba todavía en una de las ventanas de la cabaña, y nuestro enamorado decia para sí:

—Está velando... ora por el ahorcado sin duda.

De repente ¡oh sorpresa!... dos sombras se proyectaron detrás de la ventana donde brillaba la luz: despues aquella ventana, se abrió suavemente, y Pandrillo vió!...

No olvides, lector, que la luna daba de lleno en la choza.

Y Pandrillo vió un hombre que acompañado por una jóven medio desnuda se apresuraba á saltar por la ventana, cuya elevacion del suelo no era mas que de seis ú ocho pies.

Deciros completamente lo que pasó por Pandrillo á aquella vista, es una cosa superior á mis fuerzas. Lo que yo sé es que dió un gemido sofocado en el que habia por lo menos tanto furor como pesar: lo que yo sé es que tuvo segunda vez intencion de correr á aquella ventana maldita, trepar por ella, y matar á la infeliz Bessia y á su amante. Afortunadamente aquella vez tuvo en el alma de Pandrillo mas fuerza la razon que la cólera... No se meneó de allí. Su rival, que acababa de saltar en el suelo, pasó por delante de él y desapareció, y Bessia permaneció sola en la ventana admirando la belleza de la noche. Un proyecto de venganza, empero de una venganza fría... sin efusion de sangre, surgió en el cerebro del ex-ahorcado, cuando fijaba sus ojos llenos de cólera sobre la traidora. El visitador nocturno de la jóven escocesa se hallaba ya lejos. Pandrillo se lanza de un salto digno de un ciervo fuera de la sombra que le ocultaba, y colocándose en la plena claridad de la luna en medio del camino.

—¡Bessia, Bessia infiel! gritó: ¿reconoces á Pandrillo?

La jóven, al aspecto y á la voz del que tomaba por un lívido espectro, lanzó un grito de terror, y volvió á cerrar bruscamente su ventana.

Encantado Pandrillo del efecto que acababa de causar volvió á tomar el camino del bosque diciendo entre sí:

—¡Adios, adios, ingrata Bessia, para siempre! porque el día mismo que han ahorcado á tu amante has osado consolarte con otro. Simpson es mi sucesor, lo he reconocido. ¡Simpson! hace ocho dias me asegurabas que no podías sufrirlo, pérvida... ¡Buen tonto he sido en pensar en ella antes de alejarme de aquí para siempre, en arriesgar mi vida por venir á suspirar bajo su ventana! ¡Ah, qué locos son los que creen en los juramentos de las mugeres! No importa, estoy contento: fácilmente hubiera podido matar á Simpson cuando ha pasado á mi lado; mas contento estoy con lo que acabo de hacer. Bessia se acordará de Pandrillo el ahorcado.... Va á amanecer muy pronto: ocupémonos de mí ahora.

Con esta y otras ideas se puso nuestro héroe á andar lo mas que pudo. Habia tenido siempre gran fama de andarín, y aquel era el momento mas oportuno de no disminuir su buena reputacion.

Libre de todo pensamiento amoroso, costeaba el bosque

y miraba con cuidado á un lado y á otro por miedo de tener algun peligroso encuentro... Algunos minutos mas, y dejaba tras de él aquella aldea donde se habia pasado su infancia, dond<sup>e</sup> se habia tejido tambien la cuerda que le habia ahorcado felizmente tan mal.

—¿Quién va ahí? gritó de repente una voz á poca distancia del fugitivo.

—¡Hola! se dijo este último, y permaneció tan clavado en su sitio como en otro tiempo la curiosa mitad de Lot. ¡Hola! esta voz, no me equivoco, es la del scherif... El bribon sale á cazar sin duda. Parece que todas las gentes de por aquí, que me hayan ahorcado ó no, no se privan de sus placeres y ocupaciones ordinarias.... ¡Ah, ah! Pero yo no estoy ahorcado... ¡Si ahogase al scherif...

Estas reflexiones que se tardan un minuto, veinte y siete segundos en escribir, Pandrillo las hizo en un instante: hasta añadió una especie de peroracion cuyo contenido no ha llegado hasta nosotros; pero que se terminaba asi:

—Jorge se casará con su Margarita.

Y adelantándose con paso firme hácia el dintel de la puerta, donde se distinguía como una masa negra armada de una escopeta, gritó:

—Soy yo, scherif Barkeley, yo, Pandrillo el ahorcado.

—¡Misericordia! respondió el magistrado, que no tenia el don de la valentía, cayendo de cara contra el suelo. Pandrillo, Pandrillo, ¡el fantasma de Pandrillo!

—Si, el fantasma de Pandrillo... repitió nuestro héroe ahuecando la voz: la sombra irritada del que tú has injustamente condenado... ¿Lo oís? Porque no se debe ahorcar á un hombre por un simple puñetazo. He dejado la horca donde me habeis hecho poner... Ya me he vengado de Mackeler por su obediencia á tus bárbaras órdenes... Estas palabras sobre Mackeler apenas pudieron pasar por la garganta de Pandrillo, confesémoslo, pero le eran necesarias para el éxito de su astucia.

—Y vos merecáis muy bien que yo os castigase de la misma manera que á él le he castigado.

—¡Oh, perdon, perdon! tartamudeó Barkeley sin atreverse á levantar la cabeza ni abrir los ojos. ¡Perdon, fantasma! no me mates...

—No os mataré, si me jurais obedecer lo que voy á mandaros, es decir, no casaros con Margarita Duny que quiere á otro, y que os compongais de modo que se case con aquel otro. ¿Me entendéis?

—Os entiendo.

—¿Me obedecereis?

—Os obede...

El scherif no pudo acabar: el terror le habia hecho perder el conocimiento.

No recibiendo respuesta Pandrillo conoció el estado en que se hallaba el juez... Bastante habia hecho para no temer que le faltase á la palabra. Contentóse, pues, con recogerle la escopeta que llevaba, y echándose la al hombro tomó ligeramente la carrera.

—Al menos, dijo para sí, si he matado al que me ha desahorcado, he sido útil al que ha aconsejado que me desahorquen.

El final de esta historia es que Bessia no quiso volver á recibir en su casa á ningun amante... por la noche... de miedo á Pandrillo, no se le apareciese todavía y viniese á hacerle reconvencciones.

Toda la aldea, al ver la desaparicion del ahorcado y á Mackeler asesinado, hizo la señal de la cruz y tuvo mas miedo que nunca, atribuyendo al diablo todo aquello, porque decian que Pandrillo tenia pacto con él.

El scherif Barkeley hizo el diablo á cuatro, hasta que consiguió que Margarita Duny fuese muger de Jorge Kennedy.

Jorge Kennedy, el solo, el único que sabia á qué atenerse en todo aquello, no dijo nada á nadie, y dió gracias muy bajito á Pandrillo de lo bien que le habia ayudado.

Pandrillo el ahorcado se hizo marinero. Yo no sé lo que le sucedió en lo sucesivo, pero creo firmemente que ya hoy ha muerto, visto que la historia que acabo de contar ha sucedido, como he tenido el honor de decirlo, á principios del año de 1697.

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

## UNA MADRE.

Una madre estaba sentada al lado de la cuna de su hijo. No habia mas que mirarla para leer sobre su fisonomía que se hallaba destrozada por el mas vivo dolor.

El niño estaba pálido; los ojos casi cerrados; respiraba con dificultad, y cada una de sus aspiraciones era profunda cual si suspirase.

La madre temblaba de verle morir: miraba ya al pobre niño con una tristeza muda cual la desesperacion.

Dieron tres golpes á la puerta.

Entrad, dijo la madre.

Y como habian abierto y vuelto á cerrar la puerta, y sin embargo no oía el ruido de los pasos, se volvió.

Entonces vió aproximarse un pobre viejo con el cuerpo medio envuelto en una manta de caballo, triste vestido para el que no tenia otro. El invierno era rigoroso; por otra parte las vidrieras estaban blanqueadas con el hielo; hacia dos grados de frio, y el viento cortaba la cara.

El anciano llevaba los pies descalzos; sin duda por eso es por lo que sus pasos no se habian sentido sobre el suelo.

Como el anciano tiritaba de frio, y desde que estaba allí parecia que el niño dormia mas profundamente, se levantó la madre para atizar un poco el fuego de la chimenea.

Habíase sentado el anciano en su lugar, y se puso á mecer la cuna del niño, cantando una cancion mortalmente triste en una lengua desconocida.

—¿No es verdad que le conservaré? dijo la madre dirigiéndose á su sombrío huésped.

Este hizo una señal con la cabeza que no queria decir ni si ni no; y dejó ver en su boca una estraña sonrisa.

Bajó la madre los ojos; corrieron gruesas lágrimas por sus mejillas, y su cabeza cayó sobre su pecho.

Hacia tres dias y tres noches que no habia dormido ni comido.

Su frente se puso entontes pesada, y dormitó á pesar suyo; empero pronto se despertó sobresaltada y toda helada.

El anciano no estaba ya allí.

—¿Dónde está el anciano? gritó.

Se levantó y corrió á la cuna.

La cuna se hallaba vacía.

El anciano se habia llevado el niño.

En aquel momento el reloj que estaba colgado en la pared pareció soltarse; las pesas de plomo cayeron hasta tocar en el suelo, y se paró el reloj.

La madre se precipitó fuera de la casa gritando: ¡mi hijo, quién ha visto mi hijo!

Una muger alta, vestida de un largo ropage negro, que permanecía de pie en la calle, frente á la casa, con los pies en la nieve, le dijo:

—¡Imprudente! has dejado á la muerte entrar en tu casa, y mecer á tu hijo en lugar de arrojarla; te has dormido mientras ella estaba allí, no aguardaba mas que una cosa, á que cerrases los ojos, y entonces ha cogido á tu hijo. Yo la he visto huir rápidamente llevándole entre sus brazos. Caminaba veloz como el viento, y lo que lleva la muerte, pobre madre, no lo devuelve jamás.

—¡Oh! dime solamente el camino que ha tomado, exclamó la madre, y yo sabré encontrarla.

—Seguramente nada es mas fácil, dijo la muger vestida de negro; pero antes de hacerlo quiero que me cantes todas las canciones que cantabas á tu hijo en la cuna. Yo soy *la Noche*, y he visto correr tus lágrimas cuando las cantabas.

—Yo os las cantaré todas desde la primera hasta la última, dijo la madre; pero otro día, mas tarde; dejadme pasar ahora, á fin de que pueda alcanzarla, y encontrar á mi hijo.

Pero *la Noche* permaneció muda é inflexible. Entonces la pobre madre, retorciéndose los brazos, la cantó todas las canciones que habia cantado á su hijo. Había muchas canciones; empero hubo tambien muchas lágrimas.

Cuando hubo cantado su última canción, y su voz se apagó en su mas doloroso sollozo, *la Noche* le dijo:

—Marcha derecha á ese sombrío bosque de cipreses: allí he visto á la muerte entrar con tu hijo.

La madre corria allá; pero en medio del bosque el camino se dividía en dos, y no sabia por dónde tomar.

En el ángulo de los dos caminos habia una zarza que no tenia ya ni hojas ni flores, porque era el invierno; estaba cubierta de nieve, y carámbanos pendian de cada una de sus ramas,

—¿No has visto á la muerte pasar con mi hijo? preguntó la madre á la zarza.

—Sí, respondió el arbusto; pero no te diré el camino que ha tomado si primero no me das calor en tu seno, porque ya ves que no soy mas que un témpano de hielo.

La madre sin titubear se puso de rodillas y estrechó la zarza contra su seno á fin de que se deshela. Las espinas penetraron en su seno, y corrió la sangre á grandes gotas.

Pero á medida que el seno de la madre se destrozaba y corria su sangre, brotaban en la zarza hermosas hojas de color de rosa: tan caliente es el corazón de una madre.

Y la zarza entonces le indicó el camino que debia de seguir.

Lo tomó corriendo, y llegó así á la orilla de un gran lago, en el que no se veia ni barca ni lancha. El lago estaba demasiado helado para que tratase de pasarlo, pero no lo bastante para que pudiese sentar en él el pie.

Era preciso, sin embargo, por imposible que esto le pareciese á la pobre madre, atravesarlo. Cayó de rodillas esperando en Dios que hiciese un milagro en su favor.

—No esperes lo imposible, la dijo el lago levantando su blanca cabeza sobre el agua; veamos mas bien los dos si podremos conseguirlo. A mí me gusta juntar perlas, y tus ojos son los mas brillantes que he visto. ¿Quiéres llorar en mis aguas hasta que te se caigan los ojos? Porque entonces tus lágrimas serán perlas, y tus ojos diamantes. Despues de esto te trasportaré sobre mi otra orilla á la grande estufa donde permanece la muerte, y donde cultiva los árboles y las flores, que cada uno representa una vida humana.

—¿No quieres mas que eso? dijo la pobre desconsolada: te daré todo, todo, por llegar hasta mi hijo.

Y lloró; lloró todo, que sus ojos, no teniendo ya lágrimas que echar, cayeron en el lago convirtiéndose en diamantes, y las lágrimas se habian convertido en perlas.

Entonces el lago sacó sus dos brazos del agua; la cogió y en un instante la trasportó del otro lado de sus aguas.

Despues la llevó hasta el sitio donde estaban las flores vivientes.

Era este sitio un inmenso palacio todo de cristal, de muchas leguas en redondo, bastante caliente en invierno por invisibles chimeneas, y en el verano por el calor del sol.

La pobre madre no podia verlo, porque no tenia ya ojos.

Buscó á tientas hasta que encontró la entrada; pero sobre el dintel de la puerta estaba la portera del palacio.

—¿Qué vienes á buscar aquí? la preguntó.

—¡Oh! una muger, exclamó la madre: tendrá compasion de mí.

Dirigiéndose despues á la muger:

—Vengo á buscar la muerte que me ha cogido á mi hijo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, y quien te ha dado ayuda para eso? preguntó la vieja.

—Dios, dijo la madre, ha tenido compasion de mí; tu tambien la tendrás, y me dirás donde puedo encontrar á mi hijo.

—Yo no le conozco, respondió la vieja, y tú no puedes verlo ya. Muchas de las flores y árboles han muerto esta noche. La muerte va á venir bien pronto para volverlos á replantar, porque tú no ignoras que cada criatura humana tiene su árbol ó su flor de vida, segun que cada uno está organizado. Tienen la misma apariencia que los otros vegetales, pero tienen un corazón, y este corazón palpita siempre. Porque cuando los hombres no viven ya en la tierra, viven en el cielo; y como los corazones de los niños palpitan como los corazones de las personas grandes, tal vez en el tacto reconocerás la palpitation del tuyo.

—¡Oh, sí, sí! dijo la madre: le reconoceré, estoy segura.

—¿Qué edad tenia tu hijo?

—Un año. Hacía seis meses que se sonreia, y habia dicho por la primera vez *mamá* ayer.

—Voy á llevarte á la sala de los niños de un año; ¡pero ¿qué me darás?

—¿Qué tengo yo de darte todavía? preguntó la madre: nada, ya lo ves; pero iré al cabo del mundo descalza por tí si es necesario.

—Yo nada tengo que hacer en el cabo del mundo, respondió secamente la vieja; pero si quieres darme tus largos

y hermosos cabellos negros en cambio de mis cabellos grises, haré lo que deseas.

—¿No deseas mas que eso? dijo la pobre madre: ¡Oh! tómalos.

Y le dió sus largos y hermosos cabellos negros, recibiendo en cambio los cabellos grises de la vieja.

Entraron entonces en la gran estufa caliente de la muerte, donde flores, plantas, árboles y arbustos están clasificados y numerados segun su edad.

Había jacintos bajo fanales de cristal; plantas acuáticas nadando en la superficie de estanques, algunas frescas y muy lozanas, otras enfermas y medio ajadas; serpientes de agua se acostaban enrolladas sobre aquellas; sobre las otras trepaban negros cangrejos. Había allí magníficas palmeras, gigantescas encinas, plátanos, é inmensos sicomoros; había tambien tomillos y romeros en flor. Cada árbol, cada planta, cada flor, cada hebra de yerba tenía su nombre y representaba una vida humana: las unas en Europa, las otras en Africa, estas en la China, aquellas en la Groenlandia; había tambien grandes árboles en pequeñas cajas que parecian á punto de reventarse, tan estrechas eran: había asimismo plantas pequeñas en grandes vasos, diez veces mas grandes de lo que debian ser; las cajas demasiado estrechas representaban los pobres; los vasos ó los tuestos demasiado grandes representaban los ricos.

Por último, la pobre madre llegó á la sala de los niños.

—Esta es, le dijo, la vieja.

Entonces la madre se puso á escuchar palpar los corazones, y á palpar los corazones que respiraban.

Había puesto con tal frecuencia la mano sobre el pecho del pobre niño que la muerte le había arrebatado, que hubiese reconocido el latido del corazón de su hijo en medio de un millon de otros corazones.

—Héle aquí, héle aquí, exclamó al fin estendiendo las dos manos sobre un pequeño *cactus* que se inclinaba enfermizo sobre un lado.

—No toques á la flor de tu hijo, le dijo la vieja; pero cólgate aquí cerca: aguardo la muerte á cada instante, y cuando venga no te dejará arrancar la planta, pero amenázala que perderá de hacer otro tanto con otras dos flores, y tendrá miedo, porque para que una planta, una flor, ó un árbol sea arrancado necesita la orden de Dios, que lleva cuenta de todas las plantas humanas.

—¡Ah Dios mio! dijo la madre ¿por qué tengo tanto frio?

—Es la muerte que vuelve, dijo la vieja: quédate aquí, y acuérdate de lo que te he dicho.

Y la vieja se echó á huir.

A medida que la muerte se aproximaba, la madre sentia redoblarle el frio.

No podía verla; pero adivinó que estaba delante de ella.

—¿Cómo has podido seguir el camino para llegar hasta aquí? preguntó la muerte: ¿cómo, sobre todo, has podido llegar hasta aquí antes que yo?

—Soy madre, respondió ella.

Y la muerte estendió sus brazos descarnados hasta el pequeño *cactus*; pero la madre le cubrió con sus manos, con tanta fuerza y con tantas precauciones que no echó á perder siquiera una de sus hojas.

Entonces la muerte sopió sobre las manos de la madre,

y sintió que aquel frio era tan intenso cual si saliese de una boca de mármol. Sus músculos se estendieron y sus manos se desasieron de la planta sin fuerza y sin calor.

—No podrás luchar contra mí, dijo la muerte: ríndete.

—No, pero Dios puede; respondió la madre.

—Yo no hago sino lo que me manda, respondió la muerte. Soy su jardinera: cojo los árboles y las flores que ha plantado sobre la tierra, y los vuelvo á plantar sobre el gran jardín del paraíso.

—Vuélveme, pues, mi hijo, dijo la madre llorando y suplicando, ó arranca mi árbol al mismo tiempo que el suyo!

—Imposible, dijo la muerte: todavía te quedan mas de treinta años que vivir.

—¡Mas de treinta años! exclamó desesperada la madre. ¿Y qué quieres tú; oh muerte! que haga yo de esos treinta años? Dáselos á alguna madre mas feliz que yo: yo he dado mi sangre á la zarza; mis ojos al lago; mis cabellos á la vieja.

—No, dijo la muerte; es de orden de Dios, y no puedo cambiar nada en ella.

—Pues bien, dijo la madre: si tocas á la planta de mi hijo arrancaré todas estas flores.

Y cogió á manos llenas dos jóvenes azucenas.

—No toques estas flores, exclamó la muerte. Dices que eres desgraciada, y quieres hacer á otra madre mas desgraciada aun que tú, porque estas dos azucenas son dos gemelos.

—¡Oh! dijo la pobre muger, y soltó las dos flores.

Hubo un silencio, durante el cual hubiérase dicho que la muerte experimentaba un sentimiento de compasion.

—Toma, dijo la muerte presentando á la madre dos hermosos diamantes: he aquí tus ojos: los he pescado al pasar por el lago: vuélvelos á tomar: son mas hermosos y brillantes que lo han sido nunca. Mira con ellos á ese manantial profundo que corre á tu lado. Yo te diré los nombres de esas dos flores que querias arrancar; y tu verás todo el porvenir, toda la vida humana de esos dos niños; conocerás entonces lo que querias destruir; verás lo que querias volver á sumergir en la nada.

Y miró en el manantial.

Era un magnífico espectáculo ver que porvenir de felicidad y de beneficencia se hallaba reservado á aquellos dos héroes que habia estado á punto de aniquilar. Su vida se pasaba en una atmósfera de alegría, en medio de un concierto de bendiciones.

—Le veré al menos, dijo poniendo la mano sobre sus ojos: he estado á punto de ser muy culpable.

—Mira, dijo la muerte, las dos azucenas si hubieran desaparecido, hubiera puesto en su lugar un pequeño *cactus*, que tomaba la forma de un niño; despues este niño crecía y se convertía en un joven lleno de ardientes pasiones: todo era en él lágrimas, violencias y dolor. Concluía por el suicidio.

—¡Ah, Dios mio! dijo la madre; ¿quién era este?

—Tu hijo, respondió la muerte.

La pobre madre lanzó un gemido, y cayó redonda en tierra.

Despues de un instante levantó los ojos al cielo.

—¡Oh Dios mio! dijo; pues que lo habeis tomado, guardado: bien hecho está lo que habeis hecho.

La muerte entonces estendió los brazos hácia el pequeño *cactus*.

Pero la madre detuvo el brazo con la una mano, y con la otra volviéndole sus dos ojos:

—Aguarda, le dijo; que yo no lo vea morir.

Y la pobre madre vivió treinta años todavía ciega, pero resignada. Dios había colocado el niño en la gerarquía de los ángeles,—colocó á la madre en la gerarquía de los mártires.

J. MUÑOZ GAVIRIA

**FUENTES INTERMITENTES.**—Cuando el canal subterráneo de una fuente está en contorno formando un sifón, sus aguas deben secarse y correr alternativamente en diversos intervalos: por eso esos manantiales se llaman intermitentes. Supongamos que la corriente encuentra una cavidad, la llena: pero á cierta altura las aguas se deslizan por el sifón y se encuentran al lado opuesto, la cavidad se vacía, la fuente se

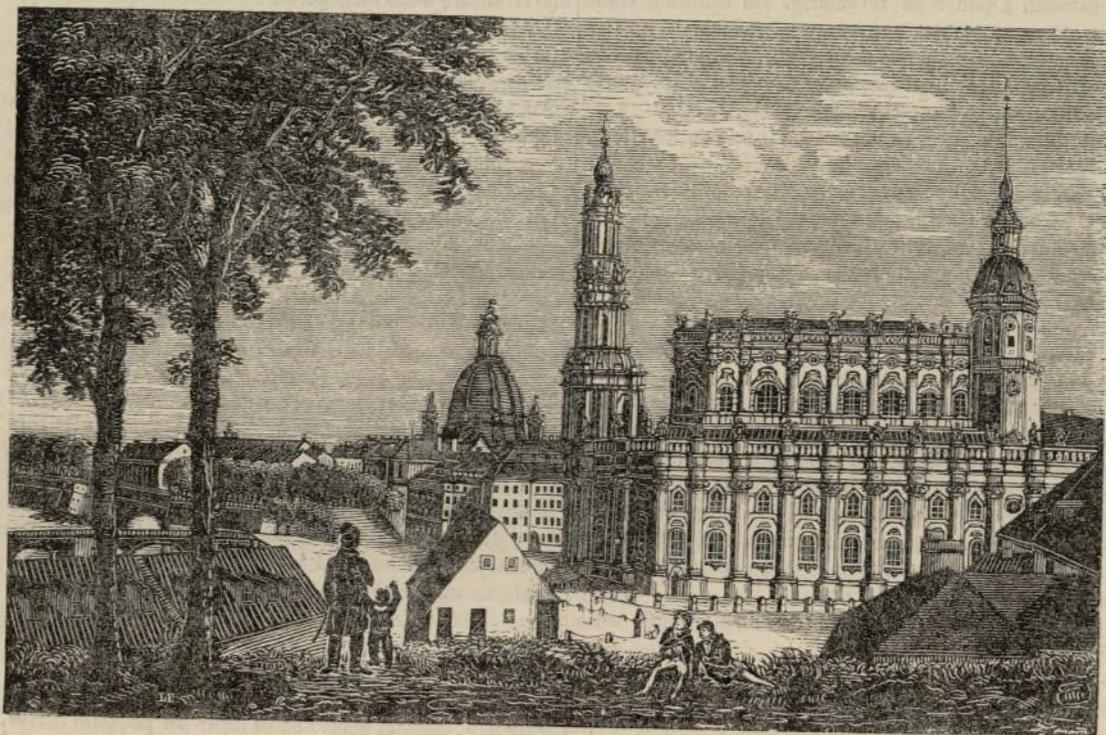
seca y no comienza á volver á correr sino cuando aquella cavidad se ha llenado de nuevo.

**NIEVES POLARES.**—En la primavera se desprenden de las orillas de los mares polares trozos de hielo de un espesor extraordinario, de dos mil pies, por ejemplo. Estas masas enormes se dirigen hácia las regiones templadas donde se funden enteramente.

## DRESDE.

La ciudad de Dresde, capital de la Sajonia, y situada sobre las dos orillas del Elba es una de las mas notables de Europa. Grande y muy bien edificada ofrece magestuosos monumentos de los que muchos merecen una detallada descripción.

Nótase entre otros un magnífico puente de 1420 pies de



Vista del ministerio de Hacienda en Dresde.

largo y 36 de ancho: numerosos palacios: un castillo con una torre de mas de 350 pies de altura, y el ministerio de Hacienda cuya vista presentamos á nuestros lectores.

Posee además la ciudad soberbios establecimientos públicos, bibliotecas, museos, fábricas, manufacturas.

La historia de esta ciudad está esencialmente unida á la de la Europa, y sobre todo á la historia del principio de este siglo.

Tomada y vuelta á tomar muchas veces, no puede olvidarse que dentro de sus muros fué donde se decidió la

suerte del emperador Napoleon I, porque allí todavía podia haber firmado la paz que se le ofrecia, y que rechazó porque no le concedia el tratado la posesion de la Italia. No le parecia bastante grande la Francia hasta el Rin y los Alpes: continuó la lucha para ir á morir sobre la roca de Santa Elena, y la Francia encerrada y restringida en sus antiguos límites se vió obligada á suscribir á condiciones muy diferentes á las que se le ofrecian en Dresde á Napoleon.

TORTIBIO MIJAN.